



ROMA
INVICTA EST

ALFONSO SOLIS

En el año 451 d. C. Roma se encuentra hostigada por decenas de tribus bárbaras y amenazada por las huestes de Atila, el azote de Dios. El general romano Aecio, aliado con los visigodos y con otros *foederati*, se enfrenta al rey de los hunos en una inmensa llanura situada al Norte de la Galia. En aquellas tierras combaten dos formidables ejércitos, pero también dos formas de entender la civilización, la cultura y la religión: el mundo de la luz, encarnado por Roma, frente al mundo de las tinieblas y lo desconocido, el mundo de Atila.

Guiado por Salvio Adriano, un joven recluta procedente de Tarraco y protagonista involuntario en la transcendental batalla, el lector será testigo de la implacable decadencia que asola a un Imperio que agoniza, pero que se resiste a sucumbir ante las constantes acometidas bárbaras.

Salvio Adriano, acompañado por sus amigos Sextilio Arcadio y Lucio Calero, descubrirá el significado de la amistad, de la lealtad y del honor en una convulsa época impregnada con la infamia de la corrupción, la codicia y la traición. Entretanto, la irrupción de Lughdyr, un anciano druida y, sobre todo, de Alana, una enigmática y bella sueva, marcarán su destino, envolviendo su vida en un halo de magia y misterio.

Escrita de forma trepidante y atractiva, *Roma invicta est* nos conduce a los últimos años del Imperio Romano, describiendo con rigor los acontecimientos que favorecieron la invasión de Hispania por parte de los pueblos godos y, posteriormente, la caída de Roma.

*A mi padre, Adrián, y a mi sobrino, Ángel.
Desde el cielo están moviendo los hilos para
que este sueño se haga realidad.*

En el siglo VII a.C. Rómulo y Remo, los nietos de Numitor, el rey de Alba Longa, después de una vida azarosa y aventurera, decidieron fundar una ciudad y asentar su reino sobre sus sólidos cimientos. Rómulo propuso erigirla junto al río Tiberis, en la colina Palatina, mientras que Remo sugirió hacerlo en la colina Aventina. Jóvenes impulsivos y obcecados, no llegaron a un acuerdo y recurrieron a un augur para que les orientara en su decisión. El adivino les recomendó que ascendieran a la colina que cada uno había elegido y esperasen allí una señal de los dioses.

Después de varias semanas de espera, Remo vio volar sobre su cabeza seis águilas. Confuso por tan extraño acontecimiento, acudió en busca de su hermano Rómulo, quien le dijo que, ese mismo día, él había visto doce águilas surcar los cielos de la colina Palatina.

Convencidos de que los dioses les habían enviado una señal, visitaron de nuevo al adivino para que interpretara el significado del mensaje. El augur, después de meditarlo durante unos minutos, les dijo:

–Tenéis razón, jóvenes hermanos, el vuelo de las águilas ha sido un presagio enviado por los dioses. Y este es su mensaje: si vuestra ciudad se funda en la colina Aventina, será bendecida por seis siglos de gloria y esplendor, pero, si se alza en la colina Palatina, serán doce los siglos que sobrevivirá y su recuerdo jamás será olvidado. Esta ha sido su palabra.

Rómulo, persuadido de ser el elegido de los dioses, comenzó a trazar con un arado el contorno de Roma, pues así decidió llamar a la ciudad, y amenazó con matar a todo aquel que osara traspasarlo. Remo no aceptó los designios

del adivino y cruzó la imaginaria frontera con el propósito de desafiarle, convencido de que no tendría el valor suficiente para cumplir su amenaza.

Pero Rómulo, esclavo de sus palabras, mató a su hermano, quedando como único soberano. La sangre de Remo regó la tierra donde se erigió la ciudad más poderosa del mundo.

En el siglo V d.C., doce siglos después de su fundación, Roma se encuentra rodeada por decenas de tribus bárbaras y amenazada por las huestes de Atila, el azote de Dios. Oscuros presagios se ciernen sobre el Imperio. ¿Se cumplirá la profecía del augur?

*Maurica, la Galia.
Anno Domini 451, ab Urbe condita 1204.*

CAPÍTULO I

Atila, o la guerra de los mundos.

Attila vivo, Romani in magno discrimine semper versati sunt^[1].

Habían transcurrido varias horas desde que el sol asomara por el horizonte, anunciando un cálido día de mediados de junio. Nosotros, soldados romanos, permanecíamos en formación, ajenos a todo aquello que no fuera la atenta vigilancia a nuestros enemigos. Debido al insoportable calor y a las sofocantes horas que llevábamos formados, tanto mi lorica como mi yelmo se habían calentado, abrasando mi cuerpo como si hubiera sido arrojado a una pira colmada de incandescentes pavesas. La sed quemaba mi garganta y el temor mordía con ferocidad mis entrañas. Apenas era un joven e inexperto recluta que observaba con espanto los miles de estandartes, banderas y enseñas que ondeaban amenazantes en el límpido cielo, medidas por el caprichoso viento, como si fueran las olas de un encrespado y tenebroso mar, ávido por abatirse contra la costa, dejando no solo una estela de destrucción a su paso, sino también una seria advertencia para aquellos que osasen interponerse en su camino. Mi corazón latía en mi pecho con la furia de mil titanes y amenazaba con huir por

la garganta y escapar de aquel aciago lugar que no presagiaba más que miseria y muerte. Apenas podía soportar el peso de mi *scutum* y de mi *spiculum*, pues mis brazos temblaban de pavor al contemplar a aquellos seres huidos del más profundo de los avernos.

Tenía algo menos de veinte años y me enfrentaba a mi primer combate. Y los hados tuvieron a bien que en mi bautismo de sangre participara en la batalla más formidable que la historia jamás hubiera presenciado. La guerra del Cristianismo contra el paganismo, de la civilización contra la barbarie, del orden contra el caos. En definitiva, del mundo que hasta ese momento habíamos conocido contra el mundo de las tinieblas y lo desconocido: el mundo de Atila.

—Mirad, estamos rodeados de bárbaros —comenzó a decir un soldado—. A nuestra derecha tenemos a los alanos de Sangibán y a los visigodos de Teodorico y, protegiendo nuestra retaguardia y vigilando bien de cerca la supuesta fidelidad de los alanos, a los francos de Meroveo —y soltando un resoplido añadió—: Apoyados por estos bárbaros nos enfrentaremos a los hunos de Atila, a los ostrogodos de Valamiro y a decenas de tribus extranjeras...

—No seas injusto con nuestros *foederati* —repuso otro legionario—, a ellos también les apremia detener a los insaciables hunos...

—... tanto como a nosotros —interrumpí.

El primero que habló se llamaba Sextilio Arcadio, buen compañero de armas. Nos conocimos en el *castrum* de Tarraco y era un hispano de la región de la Tarraconense. Tenía mi misma edad, pero era mucho más corpulento. De cejas bien pobladas, su cuerpo estaba prácticamente cubierto de vello y sus brazos eran poderosos como troncos de roble. Su frente, prominente, le confería un aspecto duro y fiero, pero era una persona noble y bondadosa incapaz de hacer daño a quien no hubiera hecho méritos suficientes para merecerlo. Quien le respondió se llamaba Lu-

cio Calero, y también coincidimos en el campamento de instrucción. Era más joven que nosotros y provenía de una buena familia de la región hispana de Segóbriga. Era alto, de complexión delgada y rostro cuidadosamente rasurado. Joven, culto e inquieto, había leído las fábulas de Fedro, la poesía de Valerio Catón y, naturalmente, las obras del insigne Virgilio, además de otros escritores y poetas, lo que le había concedido cierta ascendencia sobre los *circitores* y los *centenarii* que acudían a él para pedirle consejo o para que les transcribiera algún documento. Al igual que la mayoría de nosotros, era cristiano y profesaba su fe con total devoción.

—Piensa lo que quieras, no me fío de los visigodos, como no me fío de ningún bárbaro —sentenció Sextilio Arcadio—. ¿O acaso tengo que recordarte que fueron los visigodos los que saquearon Roma hace cuarenta años?

—A mí tampoco me gustan los visigodos, no dejan de ser unos herejes arrianos, pero de entre todos los bárbaros, son los que más se asemejan a nosotros —replicó Lucio Calero.

El sol golpeaba con fuerza mi exhausto cuerpo y yo carecía de los ánimos suficientes para participar en el debate, bastante tenía con no desfallecer. Estábamos formados en centurias y preparados para el combate, firmes en una infinita explanada salpicada por pequeñas lomas de poca altura próxima a la ciudad de Maurica. Un pequeño riachuelo, que no dificultaría las maniobras de las *vexillationes*, separaba en dos mitades casi simétricas el campo de batalla. Enfrente se encontraba el ejército más poderoso que jamás haya existido. Estaba comandado por el invencible Atila, el temido *flagellum Dei*, el azote de Dios. El rey huno, aliado con ostrogodos, hérulos, gépidos, burgundios y demás pueblos bárbaros, alzó un gran ejército y cruzó las fronteras del Imperio. Saqueó y arrasó toda ciudad que encontró a su paso y dirigió sus huestes hacia su verdadero objetivo: Roma. Pero allí estábamos

nosotros para impedirlo. Aliados con otros bárbaros, pero, como diría Calero, más civilizados, nos habíamos propuesto evitar el avance de los salvajes hunos. Para ello habíamos requerido el auxilio de los *foederati* visigodos, francos, alanos, licienos y de varias tribus más que, por desconocidas o debido al poco número de tropas aportadas, he olvidado sus nombres.

La instrucción militar en Tarraco había durado cuatro meses y había sido muy dura. No eran pocos los *tires* que habían desistido o que habían sido expulsados del ejército por distintas razones. Ahora se suponía que yo era un auténtico *miles*, un soldado romano presto a entrar en combate cuando así fuera requerido. Pero la verdad era bien distinta. Estaba aterrado ante la imagen infinita de miles de guerreros bárbaros. El sonido de sus tambores de guerra penetraba con fuerza en mi mente y tenía que hacer denodados esfuerzos por no arrojar mi *scutum* al suelo y salir corriendo a toda prisa del infierno que se acercaba.

Desconozco el motivo, pero el recuerdo de mi familia acudió de pronto a mi mente, como si, presintiendo la cercanía de la muerte, mis últimos pensamientos estuvieran con ellos en un fútil intento de apaciguar mi martirizado espíritu. Recordé mi vieja casa próxima al puerto de Saguntum y las agotadoras jornadas de trabajo de mi padre para poder llevar a la mesa apenas un mendrugo de pan y algo de pescado. Mis orígenes eran humildes. Era el pequeño de cinco hermanos y mi padre se ganaba la vida como estibador en los muelles. Debido a las incursiones bárbaras, el comercio había descendido sobremanera y pocos eran los comerciantes que se aventuraban a surcar el Mediterráneo en busca de un buen negocio. No, ya no era rentable comerciar por el Imperio, y los barcos que cargaban o descargaban mercancías en el otrora importante puerto fueron disminuyendo hasta que prácticamente desaparecieron, y con ellos el sustento de mi familia.

Fueron años de hambre y escasez, hasta que tomé la determinación de abandonar mi hogar y alistarme en el ejército. Mi padre aceptó con agrado mi decisión, más por tener una boca menos que alimentar que por disfrutar del orgullo de tener un soldado en la familia. Así fue como, un buen día, me despedí de ellos posiblemente para siempre y marché, tomando la vía Augusta en dirección norte, hacia Tarraco, con la esperanza de poder llenar todos los días mi escudilla con algo que fuera más o menos comestible.

Y ahora me encontraba empapado en sudor ante las invencibles huestes de Atila, el azote de Dios, el hijo del demonio, el invencible... De todos los atributos, nombres y apelativos que se le dispensaban, el que más temor me infundía era el de «invencible», pues significaba que había vencido en todas y cada una de las batallas en las que había participado, y no eran pocos los combates que había entablado el bárbaro en su larga vida de soldado. «Invencible, Atila es invencible», este pensamiento me torturaba una y otra vez. «Voy a morir, pronto me reuniré con el Todopoderoso», este era el otro pensamiento que abotagaba mi cabeza, aún más inquietante y descorazonador.

–Creo que voy a desfallecer –susurré en un hilo de voz.

–¿Qué dices, hombre? Aguanta un poco, pronto comenzará la fiesta –dijo Sextilio Arcadio.

–¿Te encuentras bien, Adriano? –me preguntó Lucio Calero.

–Estoy aterrado –contesté.

El *centenarius* llamó al orden a Arcadio cuando rompió en una estentórea carcajada.

–Todos tenemos miedo, querido amigo, pero piensa que esta batalla va a pasar a la historia y tú posiblemente con ella –dijo Arcadio.

–Ten fe en Dios y, si su voluntad es que mueras en este combate, tu sacrificio no será en vano y serás recibido en el Paraíso –intervino Calero.

–Preferiría no tener que comprobar si existe el Paraíso –repuse, algo más animado.

–Por mí también puede esperar –añadió Arcadio con una sonrisa.

Acabábamos de finalizar nuestra instrucción en Tarraco y nuestra unidad de *limitanei* fue convocada por Aecio, el más bravo de los generales romanos. Había exhortado a todas las legiones, *numeri*, *foederati*, auxiliares y a todos aquellos soldados que, romanos o no, fueran fieles al Imperio para defender a Roma del mayor peligro que se cernía sobre ella desde que el rey visigodo Alarico la saquease en el año 410 de Nuestro Señor. Y allí estábamos Arcadio, Calero y yo, los tres amigos, los tres compañeros, los tres *milites* dispuestos a sacrificar nuestra vida por Roma y por el Imperio, pues con tal fin habíamos sido instruidos.

–¿Cuándo va a empezar esto? –pregunté de forma retórica.

–Supongo que cuando uno de los dos ejércitos se lance sobre el otro –respondió Arcadio en tono burlón.

–Este calor me va a matar –dije.

–Ten paciencia, ya falta poco –señaló Calero.

–¿Cómo lo sabes? –pregunté.

–El sol hace horas que ha despuntado por el horizonte, nos enfrentamos dos ejércitos muy poderosos y a ninguno nos interesa que se haga de noche –respondió.

–Tienes razón –confirmó Arcadio con un asentimiento.

De pronto, un clamor de vítores y salves dirigieron mi atención hacia un jinete que se había situado enfrente de la columna romana, cabalgando en un hermoso alazán de guerra. A pesar de la coraza y del casco con penacho que cubría su cabeza, pude distinguir en ese hombre los rasgos nobles y bien parecidos de nuestro general Aecio. Los *centenarii* llamaron al orden y los gritos de aclamación fueron amainando. Nuestro *magister utriusque militiae* hablaba con uno de los tribunos que dirigían las tropas y durante un breve instante, o al menos así lo quiero recordar,

desde su rojiza montura dirigió su vista hacia mí, y, no solo eso, además, estoy convencido de que me sonrió. Casi instintivamente me cuadré y saqué pecho cual gallo presuntuoso que pretende llamar la atención del resto del gallinero. Su mirada poderosa y cristalina infundió en mí un valor desconocido. ¡El general Aecio me había sonreído! Me sentí exultante, dichoso, triunfal, y a mi rostro asomó una confiada sonrisa. El miedo y la fatiga desaparecieron, como si de pronto me hallara protegido por la égida de Marte, nuestro ancestral dios de la Guerra, siendo invulnerable a las flechas y a las espadas enemigas. Ahora solo tenía la inquietud propia de quien anhela algo con impaciencia y no puede esperar para conseguirlo. Necesitaba que el combate comenzara cuanto antes. Tenía la imperiosa necesidad de demostrar a mi general que era digno de servir bajo sus órdenes. Arcadio advirtió mi sonrisa y, con el ceño fruncido, me preguntó:

–¿Ahora de qué te ríes?

–Creo que la victoria será nuestra –respondí totalmente convencido.

–Mira que eres raro –replicó, negando con la cabeza.

Un ruido de tambores y trompetas detuvo la conversación, inundando el campo de batalla con el sonido que precede a los gritos de furia, miedo y dolor. Desde las tropas hunas, varios jinetes rompieron filas y, a todo galope, se dirigieron hacia una pequeña loma situada en nuestro flanco izquierdo. Vestían pantalones de fieltro y protegían sus cabezas con un casco de cuero borlado con piel de animal. Desde sus pequeños pero rápidos caballos, profirían aterradores alaridos con el propósito de amedrentarnos. Y vive Dios que lo estaban consiguiendo. A mi lado, un joven legionario no pudo contener sus esfínteres y por sus muslos se deslizó un hilo de orina. Su rostro estaba contraído por el miedo y se aferró al *spiculum* con el vigor que nace del pánico. Comprendí que no éramos pocos los romanos que nos encontrábamos en una situación

igual de penosa: aterrados, impelidos por el miedo a defender nuestras vidas, persuadidos de que la batalla estaba perdida. Pero éramos *milites*, soldados imperiales, habíamos jurado defender Roma de sus enemigos, y poco más podíamos hacer que ofrecer nuestras vidas en sacrificio.

Si los hunos lograban coronar la colina dominarían una parte importante de la explanada y llevarían la iniciativa del combate en ese flanco. Pero una polvareda procedente de nuestra ala derecha reveló que no dejaríamos a los hunos que la conquistasen tan fácilmente. Reconocí al príncipe visigodo Turismundo prorrumpiendo feroces gritos de guerra al tiempo que conducía a sus soldados hacia el inevitable enfrentamiento con los invencibles hunos. Aecio ordenó a dos *vexillationes* que acudieran en apoyo de los federados y cientos de jinetes cabalgaron raudos en pos de un mismo objetivo: alcanzar con éxito la cima de la colina antes que el enemigo. Los hunos montados sobre sus pequeños pero resistentes caballos, los visigodos cabalgando en sus alazanes, mucho más grandes y veloces, pero más sensibles a la fatiga. Desde nuestras columnas, visigodos, romanos, alanos, francos y demás bárbaros y aliados gritábamos con fuerza arengando al joven príncipe para que coronara con éxito la loma antes que el enemigo. Atila, flanqueado por sus generales y comandantes, observaba con atención la insensata carrera, esperando obviamente lo contrario. Pero fueron los visigodos y nuestras *vexillationes* los que llegaron antes a la cima, y los hunos, que todavía estaban subiendo por ella, recibieron una lluvia de dardos, lanzas, piedras, rocas rodantes y todo tipo de elementos arrojadizos. Los jinetes hunos cayeron junto con sus monturas cuesta abajo, arrollando a los que venían detrás, provocando el pánico y el desorden en toda la tropa. Turismundo, cuando agotó las flechas y se quedó sin rocas que hacer rodar cuesta abajo, se lanzó, enarbolando su terrible pica, sobre los desorganizados

hunos, que murieron atravesados por las lanzas o pisoteados por los cascos de los caballos. Se contaron por centenares los muertos hunos, logrando sobrevivir unos pocos que huyeron refugiándose tras las filas del ejército bárbaro.

Nuestros gritos de júbilo llegaron a los oídos de Atila que, aguijoneado por tal afrenta, envió a los ostrogodos dirigidos por su rey Valamiro contra los jinetes visigodos y romanos con el propósito de arrebatarnos la colina, pero los *foederati* y nuestros *equites* combatieron con resuelto valor por defenderla, desatándose una despiadada carnicería que sembró la ladera de centenares de muertos de uno y otro bando. Entretanto, Atila había enviado sus tropas contra los alanos de Sangibán que difícilmente pudieron aguantar el empuje del huno enrabiado por su pequeña derrota. Nosotros, el grueso del ejército de Aecio, permanecíamos expectantes, alejados de la primera línea de combate, contemplando como los bárbaros se mataban entre ellos.

Atila no tuvo dificultades en deshacerse de los alanos, y gracias a una lluvia de flechas y al arrojado de miles de soldados francos, no consiguió llegar a nuestra retaguardia y destruir nuestro campamento, lo que, sin duda, hubiera sido nefasto. Los hunos, obligados por tan colosal barrera defensiva, tuvieron que retroceder y, advirtiendo los problemas en los que se encontraban sus aliados ostrogodos, cabalgaron con diligencia en su auxilio, pues difícilmente aguantaban las acometidas de las huestes de Turismundo y de nuestros *equites*.

Por fin, Aecio nos ordenó atacar el ala derecha huno, donde se encontraba el rey gético Ardarico. Dimos buena cuenta de ellos y a muchos logramos poner en fuga, no siendo pocos los bárbaros que probaron el frío de mi *spatha*. Mejor aún le fue a Arcadio, que disfrutaba dando mandobles a diestro y siniestro. Le vi con la cara salpicada por el líquido bermellón y me guiñó un ojo con osadía

mientras atravesaba, de parte a parte, a un gépido con su espada. Busqué a Calero, que ya durante la instrucción demostró encontrarse en serios apuros en el manejo del acero. Era valiente y no rehuía el combate, pero no era excesivamente diestro. Muy a mi pesar, enseguida entendí que nunca sería un gran legionario. Le vi luchar con serias dificultades con un gigante de larga y pelirroja melena. Fui a su encuentro y, con mi *spatha*, atravesé la espalda del fornido bárbaro, cayendo inerte al suelo aún con el reflejo de la sorpresa en la mirada.

Pero Ardarico recompuso sus filas y se revolvió como un animal acorralado y herido lanzando a sus hordas gépidas contra nosotros con la férrea determinación de causar el mayor daño posible antes de perecer ensartado por nuestras espadas. La batalla se recrudeció en feroz turba-multa de gritos, restallidos de espadas y crujido de huesos. Los bárbaros consiguieron aislar y rodear a Mansueto, el *comes Hispaniarum*, y este se defendió con denodado valor ante las acometidas gépidas, pero una lanza hirió el costado de su caballo, que cayó al suelo entre desgarradores relinchos de dolor, arrastrando a su amo en su caída. Corrí hacia él deshaciéndome de todo gépido que encontré en mi camino y conseguí evitar su muerte justo en el momento en el que un bárbaro se disponía a ensartarle con su pica. Con un movimiento certero de mi *spatha*, le herí mortalmente en el cuello y su sangre salpicó mi rostro tiñéndolo de sangre. Ayudé al conmocionado *comes* a incorporarse y me preguntó:

–¿Cómo te llamas, soldado?

–Salvio Adriano, *domine*.

Asintió con los labios arrugados y dijo:

–Nunca olvidaré que me has salvado la vida –y añadió –: Ahora matemos a unos cuantos bastardos más y reguemos esta tierra de la Galia con su sucia sangre. Hoy será un día glorioso para Roma.